**Escribir sobre la violencia: una reflexión conjunta de América Latina y el Medio Oriente**

Wc: 4408

*Bios:* Hiba Bou Akar es profesor asistente de arquitectura, planificación y conservación en la Universidad de Columbia. Roosbelinda Cárdenas es profesora asistente de antropología y estudios latinoamericanos en el Hampshire College.

Aunque no podemos precisar el origen exacto de la idea de co-enseñar un curso comparativo sobre política contemporánea en el Medio Oriente y América Latina, recordamos bien lo que siguió nuestra decisión inicial a fines de 2015. Primero, fue la emoción que acompaña a un emergente sentido de posibilidad. Al revisar la literatura mientras diseñamos el curso, encontramos numerosas conexiones y continuidades que nos permitieron ubicar a América Latina y al Medio Oriente en un enfoque conjunto. Pero la resonancia y la similitud no fueron la única promesa, por lo que desarrollamos un programa que también exploró las diferencias y las disyunciones entre las regiones. Discutimos el rol del estado en conceptos de género, ya que las personas en el sector informal ponen en evidencia sus medios de vida en Egipto y la República Dominicana.[[1]](#footnote-0) Pensamos comparativamente en las geografías racialmente disputadas que caracterizan la lucha de las mujeres negras contra la apropiación de tierras en Brasil y las negociaciones y la resistencia contra la construcción del muro de separación en Israel y Palestina.[[2]](#footnote-1) Reflexionamos sobre las modernidades petroleras de Dubai y Venezuela[[3]](#footnote-2) y discutimos las consecuencias de la marea rosa en América Latina y la primavera árabe en el Medio Oriente.[[4]](#footnote-3)

Sin embargo, cuando sacamos estas prometedoras líneas de conexión, tuvimos que enfrentarnos al hecho de que muchos de ellos estaban enmarcados en experiencias de violencia. De repente, nuestro programa de estudios comenzó a leerse como una lista de pesadillas distópicas: paisajes devastados, formas persistentes de subyugación en base al género, regímenes laborales cada vez más explotadores, voraz extracción de recursos naturales y ciclos de guerra aparentemente interminables. Nuestra emoción inicial se convirtió en una reflexión sombría.

Sabiendo esto, entramos al aula con un sentido de anticipación y urgencia. La clase reunió a estudiantes de diversos orígenes y experiencias, creando una oportunidad única para que complementaran sus habilidades y entablaran diálogos ricos a medida que analizamos conjuntamente los problemas de las dos regiones.[[5]](#footnote-4) El proyecto que diseñamos duró un semestre y produjo resultados emocionantes cuando los estudiantes hicieron conexiones inesperadas. Los carteles de sus proyectos finales colocados en los muros de nuestra clase mostraron el potencial generativo de pensar comparativamente: en el graffiti político y el arte callejero en El Cairo y Bogotá; el papel del estado en las favelas brasileñas y los campos de refugiados de Cisjordania; las guerras contra las drogas en México y Afganistán; las tácticas de los movimientos de resistencia de las mujeres zapatistas y kurdas y las influencias de la diáspora en la música popular en ambas regiones, entre otros proyectos. Además, este experimento pedagógico nos brindó a las dos un espacio único donde podríamos tener conversaciones Sur-Sur, más allá de la mirada eurocéntrica, sobre los lugares que llamamos hogar.

Al aprender con entusiasmo unos de otros, nos dimos cuenta de que a ambas catedráticas se nos dificultaba escribir sobre la violencia. Esta dificultad tenía que ver con nuestras respectivas posiciones con respecto a nuestro trabajo y nuestras relaciones con los lugares y las personas acerca de las que escribimos. Entonces, mientras el enfoque en la violencia inicialmente ensombreció nuestro programa de estudios, al final nos permitió participar en una auto-reflexión crítica sobre nuestras prácticas de investigación y redacción. Si la violencia es generalizada tanto en los sitio donde realizamos trabajo de campo y como en nuestros hogares, entonces la violencia es con lo que debemos luchar. Este es el lugar desde el que escribimos.

Movidos por la gravedad de la situación en los lugares que llamamos hogar, estamos animadas por la esperanza perdurable de que pensar juntas podría proporcionar más ideas. Este ensayo reflexiona sobre algunos de los desafíos de escribir sobre la violencia que es íntimo. Refleja la dificultad de cuestionar la separación entre víctimas y victimarios, expertos y sujetos, y tiempos de violencia y tiempos de paz. Cárdenas describe su dificultad para escribir contra la victimización. En particular, discute los peligros políticos de tratar de enfocarse no solo en la pérdida y el sufrimiento de los desplazados internos afro-colombianos, sino también en las posibilidades que algunos tienen debidos a esas mismas experiencias con la guerra. Como una persona que vivió la guerra civil libanesa, Bou Akar reflexiona sobre la agonizante labor de escribir sobre una violencia que es personal, y el temor persistente de que escribir sobre esa violencia podría evocarla una vez más. Si bien nuestras respectivas posiciones difieren, esta reflexión conjunta que surgió de nuestras conversaciones de clase nos brindó la oportunidad de llegar a varios puntos de vista, todos los cuales se basan en un fuerte reclamo por el valor único del conocimiento producido por aquellos que viven en la violencia.[[6]](#footnote-5) Juntas, insistimos en el desorden de la violencia mientras luchamos por representarla en sus formas cotidianas y de rutina, mientras que simultáneamente damos testimonio del sufrimiento y la labor de amor que se crea para crear mundos nuevamente a partir de los escombros de esos sitios de destrucción.

De América Latina: sobre los desafíos de escribir contra la victimización

A principios de este año publiqué un artículo titulado “Gracias a mi desplazamiento forzado.”[[7]](#footnote-6) En él, narro las historias de vida de varios afrocolombianos que viven en las afueras de Bogotá como personas internamente desplazadas (PID). Las historias sobre las personas que escribí eran tan angustiosas como complejas. Siguieron rutas tortuosas desde el lugar de origen hasta el lugar de asentamiento. Las personas sobre las que escribí estaban enredadas en todo tipo de alianzas y afiliaciones dentro del espinoso panorama político de Colombia. Los resultados de sus difíciles viajes fueron igualmente variados. Algunas personas regresaron a sus lugares de origen; algunas fueron desplazadas varias veces y otras se establecieron permanentemente en Bogotá. Muchas familias perdieron miembros por separación física o muerte, mientras que otras crecieron o se formaron durante el desplazamiento. Algunas personas cayeron por las grietas del sistema de ayuda humanitaria del estado y lo perdieron todo, mientras que otras lograron obtener títulos, asegurar empleos y convertirse en activistas visibles contra todo pronóstico.

Mientras exploraba estas historias, traté de reconocer las formas implacables y múltiples de violencia en las que se enredaban las vidas de mis interlocutores (pobreza, racismo, delincuencia), reconociendo el dolor de sus encuentros con formas extremas de violencia como las amenazas de muerte, el desplazamiento forzado y las desapariciones. Pero una y otra vez, me resultó particularmente difícil contar historias que destacaban la alegría y la agencia. Escribiría un borrador en el que el énfasis parecía casi triunfante e inmediatamente se eliminó, preocupado de que pudiera ser acusado de minimizar su sufrimiento o, peor aún, podría interpretarse erróneamente como una celebración de la desgracia.

Cuando recibí los comentarios de los revisores del artículo, me di cuenta de que mis temores estaban justificados. Al principio me sorprendió la disonancia. El Lector Uno se mostró entusiasmado, utilizando palabras como "elegante", "teóricamente arriesgado" y "provocativo", recomendando que la pieza se publicara de inmediato. El Lector Dos se enfureció, utilizando palabras como "asombro", "inquietud" y "preocupación" al responder a mi sugerencia de que los desplazados internos no solo eran víctimas de violencia. El Lector Dos sugirió revisiones importantes para corregir el tono general de la pieza, que en su opinión no daba "sentido al sufrimiento experimentado por los desplazados." El problema, según el punto de vista del lector dos, no era simplemente de interpretación, sino uno con implicaciones éticas en el que enfatizar los aspectos positivos de algunas de las nuevas vidas de mis informantes equivalía a negar la magnitud de la tragedia que les había ocurrido a ellos y a los millones de víctimas de la guerra civil de Colombia--el conflicto más prolongado en el hemisferio occidental, que se extendió por más de cinco décadas.

En cierto sentido, la disonancia en las reacciones de los dos lectores estuvo en línea con mi propia lucha al escribir el artículo. Recordé haber revisado el borrador, primero incluyendo descripciones de las victorias populares (pequeñas y grandes) y luego borrándolas por temor a que pudieran eclipsar las dolorosas historias de pérdidas. Hice descripciones de las trayectorias, relaciones y asociaciones de mis informantes para mostrar la complejidad de sus políticas, sin reducirlas a víctimas o victimarios. Me llamaron especialmente a la tarea de repensar el título del artículo. Tal como estaba, la preocupación del lector dos era que al decir "gracias a" y al describir algunas de las formas en que el desplazamiento había abierto nuevos e interesantes caminos de vida para algunos PID, sugerí que la guerra no era tan mala después de todo. El lector dos me instó a reconsiderar mi traducción de la frase "gracias a mi desplazamiento", sugiriendo que podría ser indicativo de causalidad, en otras palabras, similar a "debido a", pero sin sugerir agradecimiento.

A medida que avanzaba en las revisiones, luché con cada opción, tomé la crítica con seriedad y, al mismo tiempo, reafirmé mis propias convicciones sobre la delicada política que habita la representación de la violencia. Al final, a pesar de nuestro aparente desacuerdo, el Lector Dos y yo coincidimos en que lo que estaba en juego no era la elegancia teórica, sino la conveniencia política. Al final, lo que nos llevó a ambos fue la cuestión de quién puede perder y ganar, y qué, de nuestras representaciones de violencia. Con ese objetivo claro en mente, comencé a trabajar en las revisiones y aquí comparto las ideas principales que obtuve en el proceso.

En el momento político actual, es muy importante definir cuidadosamente qué se entiende por violencia. Esto significa desafiar las definiciones dominantes, que sólo reconocen la violencia cuando se manifiesta en encuentros espectaculares, en lugar de en sus formas cotidianas y estructurales. Estas definiciones rutinariamente invisibilizan a las víctimas. En el caso colombiano, por ejemplo, la definición de violencia sancionada por el estado identifica como víctimas solo a aquellos que han sufrido pérdidas durante los años dentro del marco histórico de la guerra civil y por un conjunto específico de victimarios: el ejército, la guerrilla u otros grupos armados. Tal como está, esta definición no muestra cómo las vidas de muchos están enredadas y exacerbadas por las formas cotidianas de vivir en un contexto de violencia. Por lo tanto, a pesar de haber vivido en la violencia toda su vida, la definición actual de violencia sancionada por el estado en Colombia no puede reconocer a Margarita—una trabajadora doméstica negra del Pacífico rural que siempre ha vivido en la pobreza extrema y recientemente perdió un hijo debido a la violencia callejera en Bogotá—como víctima. Esta incapacidad para reconocer a todas las víctimas se debe a que nuestras herramientas para identificar y nombrar la violencia ignoran fuerzas estructurales como la pobreza, el patriarcado y el racismo y sus intersecciones mortales con las geografías de la guerra.

Mi propósito al mostrar las complejas trayectorias de las vidas de las personas no fue poner en tela de juicio la legitimidad de su condición de desplazados internos o minimizar su sufrimiento. Por el contrario, mi intención era romper la definición en sí misma, hacer espacio para un reconocimiento de los sistemas y estructuras múltiples y de larga duración que promulgan la exclusión, permiten la explotación y causan lesiones a diario. Si bien me doy cuenta de que existe el riesgo de pasar por alto las particularidades del sufrimiento experimentado por las víctimas que han tenido encuentros espectaculares con actores armados, mantengo la urgencia de ampliar el alcance de las definiciones limitadas.

La segunda lección que aprendí es urgentemente necesario las representaciones que exploren múltiples usos y respuestas a la violencia. Satisfacer esta necesidad implica pisar el difícil terreno de mostrar algo más que la simple victimización. Esta idea es algo que he recogido no de académicos, sino de mis propios interlocutores, quienes habitualmente enfatizan su agencia y celebran sus triunfos. ¿Por qué, entonces, es tan difícil considerar las formas en que la violencia puede ser generativa y destructiva? Quizás al hacerlo, las conexiones que se engendran y las posibilidades que se evocan en medio de la pérdida podrían ser enfocadas. Y este enfoque podría traer a los mundos que están desapareciendo en el centro de atención al mismo tiempo que ofrece una oportunidad para aprovechar los que están surgiendo para futuros proyectos políticos. Por ejemplo, si bien es importante seguir llorando y denunciando la pérdida de vidas y tierras que siguió al desplazamiento masivo en Colombia, ¿acaso no es tan urgente mostrar e incluso celebrar las formas en que los desplazados internos están creando nuevas identidades y elaborando proyectos políticos en sus lugares de llegada?

Mirar cercana e íntimamente las vidas de las personas que viven en una violencia aparentemente perpetua revela más que destrucción y ruptura. Con esta perspectiva, es posible ver que la violencia, aunque traumática y destructiva, también puede ser transformadora y productiva. Esto es, por supuesto, un terreno muy traicionero. Soy muy consciente de los riesgos de proporcionar forraje para los apologistas de estas múltiples formas de violencia y quiero estar atento a mi deber de seguir denunciando el sufrimiento que causan. Pero existen otros riesgos inherentes a permitir que la violencia como destrucción agote sus posibles significados y usos.

El verano pasado, cuando estuve en Colombia, le pedí a mi amiga Dora, de quien presté la frase “gracias a mi desplazamiento”, que reconsiderara su intención de decir tal cosa. Le expliqué que se podían dar diferentes traducciones a la frase (causalidad versus agradecimiento) y le pedí que aclarara lo que quería decir. Pero ella se mantuvo firme en su posición. Hablando por primera vez en tercera persona, dijo: “Sí, no debemos agradecer a los perpetradores, pero debemos reconocer que si no hubiera sido por esa guerra, no estaríamos aquí en Bogotá haciendo cosas que nunca nos imaginamos haciendo y nunca hubiéramos descubierto nuestras capacidades de liderazgo.” Luego cambió a un registro más personal: “Gracias a mi desplazamiento, conocí gente nueva y aprendí cosas nuevas. No sabía que podía cantar, no había conocido a líderes negros de otras regiones. No tenía idea de que era un líder, pero si no hubiera sufrido esa experiencia de violencia, no habría aprovechado mi potencial.” Al final, creo que sus palabras revelan que la elección entre denunciar la violencia y celebrar las posibilidades que a menudo se crean inesperadamente durante un momento de ruptura es falso. Si el objetivo es la veracidad y la esperanza en el difícil trabajo de representar la violencia, entonces ambos deben ser considerados.

Desde el Medio Oriente: escribiendo sobre la violencia desde dentro

Durante los últimos diez años, he estado estudiando etnográficamente y escribiendo críticamente sobre las geografías en disputa en Beirut después del final de la guerra civil en Líbano (1975-1990). Mientras Cárdenas discute el proceso de escribir con una audiencia académica sobre los cierres y aperturas de la guerra en Colombia, aquí reflexiono sobre el proceso de pensar y escribir sobre la violencia en un lugar al que llamo mi hogar. En última instancia, mi trabajo apunta a exponer las formas de violencia que las personas soportan en geografías del posconflicto, donde se imagina que el futuro consiste más en la guerra que en la paz. Sin embargo, a menudo me preguntaba: ¿cuál es mi propósito y cuál es la ética de escribir académicamente sobre la violencia que ha sido tan íntima en mi vida? Mis escritos sobre la guerra y el desplazamiento son tanto personales como políticos.

Surgen numerosos dilemas al pensar y escribir sobre la violencia. En mi experiencia, escribir sobre la violencia en un lugar al que llamo hogar (que al mismo tiempo encapsula el paisaje de muchos hogares perdidos) gira en torno al dolor de excavar una historia personal moldeada por la guerra y el temor de reproducir la violencia al escribir sobre ella. Mi familia y yo fuimos desplazados varias veces durante la guerra civil libanesa. Perdimos muchos hogares, cada ronda de desplazamiento borraba los recuerdos de los espacios, que luego fueron bombardeados y quemados. Una de las casas de mi infancia sigue vacía en un edificio en ruinas, testigo de una vida perdida hace tiempo y de vecinos perdidos también hace mucho tiempo. Mientras escribo esta reflexión desde Nueva York, la violencia de las geografías del posconflicto en Beirut siguen moldeando la vida de las personas en la ciudad sigue siendo personal. Afectan a mi familia, amigos y seres queridos que hacen que Beirut sea un hogar. Este proceso de escribir sobre la violencia desde dentro, por lo tanto, implica aprender a caminar por las cuerdas flojas que definen los contornos de mis compromisos académicos, políticos y personales con estos sitios. Estas cuerdas flojas hacen que la escritura sobre la violencia desde dentro sea poderosamente iluminadora porque le da un matiz a la comprensión del conflicto. Al mismo tiempo, es bastante difícil separar lo personal de lo político y de lo académico cuando la vida de uno está entrelazada con estas geografías.

En mi libro Por la guerra que está por venir: Planificando las fronteras de Beirut[[8]](#footnote-7), yo incluyo un relato auto-etnográfico de la vida de mi familia en un edificio de apartamentos en la periferia sureste de Beirut. En 2009-2010, estaba realizando una investigación de campo sobre la urbanización de las periferias del sur de Beirut. Apenas un año antes, en mayo de 2008, el área (y el resto de Beirut) había sido testigo de batallas callejeras que llevaron a la ciudad al borde de otra guerra civil. El vecindario de mi familia estaba en constante cambio a medida que los nuevos edificios se multiplicaban en un frenesí de construcción sin paralelo. Con cada nuevo desarrollo, los prados que separaban nuestro edificio del mar Mediterráneo estaban llenos de edificios de concreto encerrados en balcones cubiertos por cortinas. Mientras tanto, una contienda evolucionó alrededor de la construcción del edificio que tiene lugar al lado. Un día nos levantamos para ver que el edificio se había extendido verticalmente más allá del límite legal de altura. Si bien los vecinos estaban dispuestos a ignorar los pisos adicionales, se mostraron indignados por el plan del desarrollador de construir sobre los servicios públicos compartidos del vecindario, bloqueando la acera e invadiendo el callejón sin salida.

Experimentar la contienda resultante en primera persona me impulsó a escribir sobre ella. La intensidad del conflicto hizo evidente las negociaciones políticas en torno a la construcción en un área que está gobernada por un panal de facciones que compiten entre sí. Estas facciones eran en su mayoría milicias de guerra que se transformaron después del final de la guerra en organizaciones político-religiosas que continúan gobernando el país. En el Líbano, la aplicación de la ley de construcción es desigual; solo se vuelve relevante cuando se impugna la construcción ilegal. Por lo tanto, desafiar las extensiones ilegales del edificio de al lado pronto se convirtió en un proceso político dividido en líneas sectarias. Cuando las partes se involucraron, las personas que resistieron la construcción ilegal, incluida mi familia, recibieron amenazas. Eventualmente, las ilegalidades fueron eliminadas, solo porque en ese momento la escala política se inclinó a favor de la organización político-religiosa que apoyaba su eliminación.

Al presenciar las negociaciones y amenazas que se desarrollaron en la sala de estar de mi familia, estaba convencido de que una descripción auto-etnográfica de esta disputa podría ilustrar astutamente los capilares de poder que han transformado las periferias de Beirut en fronteras del crecimiento urbano y la violencia sectaria. Sin embargo, cuando comencé a escribir, me sentí ansiosa por describir estas formas cotidianas de impugnación sin revelar detalles que pudieran comprometer la seguridad de mi familia en un lugar donde siempre se anticipa la violencia sectaria. Para empeorar el difícil proceso de escritura, la preocupación de que escribir sobre esta experiencia pudiera causar algún día otra ronda de desplazamientos para mi familia.

Esta preocupación no es infundada ni poco realista. En mayo de 2008, mi familia tuvo que abandonar temporalmente su apartamento mientras las batallas se desarrollaban en las calles. Mi familia, al igual que muchos libaneses, está bien entrenada para tales situaciones. Saben exactamente qué empacar: pasaportes, joyas, textos religiosos y documentos importantes, incluidos títulos de propiedad y testamentos. De hecho, muchas familias tienen estas bolsas ya empacadas, listas para salir en cualquier momento. En 2008, tuvieron que pasar por los puntos de control de las milicias donde las facciones en guerra estaban revisando los cartones de identidad de las personas, acciones que recuerdan a la guerra civil cuando las personas fueron asesinadas en los puntos de control según la religión declarada en sus cartones de identidad. Los fantasmas de tales experiencias pasadas proyectan una gran sombra cada vez que estalla la violencia.

También proyectan una sombra cada vez que escribo sobre las disputas territoriales entre las diferentes organizaciones político-religiosas que se desarrollan en las periferias de Beirut. Escribir sobre la violencia y su anticipación implicaba escribir y reescribir, escribir y eliminar, tratar de descubrir cómo hacer visible la violencia de la urbanización, cómo articular el sufrimiento y el despojo de las personas mientras se editan las historias que podrían someterlas a nuevas rondas de desplazamiento. Me consumían las luchas en torno a cómo escribir acerca de la violencia desde dentro, sin que ésta pudiera someter a mis interlocutores a una violencia futura.

A lo largo de los años, me di cuenta de que en la violencia que estudio no hay ganadores ni perdedores. Me di cuenta además que las líneas entre los agresores y las víctimas son borrosas. Las mesas siguen girando: un día un agresor, otro día una víctima. Como resultado, me propuse escribir simultáneamente desde las diferentes perspectivas involucradas en el conflicto territorial. Esta es una tarea difícil al escribir sobre temas cargados como la venta de tierras a Chiítas en áreas anteriormente drusas o cristianas, y en lugares donde la animosidad a lo largo de líneas sectarias ha alcanzado su punto máximo. Mi objetivo no ha sido fijar la violencia y sus consecuencias en ningún actor específico, sino en examinar cómo todos los actores utilizan las herramientas de planificación, vivienda y mercados inmobiliarios para dar forma a las geografías disputadas de Beirut, centrándose en cómo la vida cotidiana de las personas sufre independientemente de sus afiliaciones sectarias o políticas.

Otro desafío gira en torno a la posibilidad de que el proceso de excavación de experiencias de guerra reproduzca nuevas formas de violencia. Mis interlocutores me han contado sus experiencias con la guerra. Algunos de ellos todavía llevan las cicatrices en sus cuerpos mutilados y desfigurados; otros permanecen obsesionados por las pesadillas que surgieron a raíz del conflicto. Muchos seres queridos perdidos, sus cuadros colgados en las paredes de su sala de estar. Otros tuvieron que vivir en refugios improvisados durante 30 años antes de poder volver a encontrar un hogar permanente, mientras que algunos nunca pudieron regresar a sus hogares. Las personas describieron sus experiencias tan vívidamente como si acabaran de suceder, una intensidad que sugiere que las personas, incluyendo mi familia, estaban reviviendo el dolor de la guerra al narrarlo. A menudo me esforcé por determinar si este proceso de narración es catártico o simplemente provoca nuevas iteraciones de violencia.

Este proceso de producir conocimiento sobre la violencia desde adentro también está determinado por los desafíos de presentar este trabajo en la esfera pública, tanto "en casa" como dentro de la comunidad académica en general. En 2010, la primera vez que presenté mi trabajo en Beirut, me sobrecogió la ansiedad sobre cómo iba a ser recibido. Allí estaba parado frente a un auditorio repleto para hablar sobre la disputa territorial entre los chiítas de Hezbollah y el Partido Socialista Progresista Druze, un tema sobre el que todos en la sala tenían una opinión firme. El país aún se estaba recuperando de las batallas de 2008 entre los dos grupos. Dado el origen de mi familia, estaba nervioso de que alguien en la audiencia me acusara de estar en contra de Hezballah, o de que me denunciaran por no ser lo suficientemente simpatética con la difícil situación de "mi propia gente", un grupo religioso minoritario. Hablando en un mundo formado por narrativas dominantes de la guerra contra el terrorismo, tuve preocupaciones similares al presentar mi trabajo frente a una audiencia académica de los Estados Unidos donde muchos en la audiencia conocen a Hezballah por su etiqueta occidental como una "organización terrorista." Dentro de Beirut se trata de hablar de Hezbollah como un actor libanés representante de una gran parte de la ciudadanía libanesa. Fue bastante desafiante deshacer retratos exóticos y reduccionistas para comenzar a tener una conversación sobre las personas que viven en lugares reales. Evidentemente, escribir sobre la violencia desde el interior se convierte en un proyecto que se repliega dentro de las ansiedades locales y globales sobre lugares que siempre han sido etiquetados como "peligrosos" pero que son, con sus historias de violencia, un hogar para muchos.

Encuentros Sur-Sur

Como académicos de América Latina y el Medio Oriente con profundas conexiones personales en los lugares sobre los que escribimos, esperamos que, al mirarnos a los ojos, podamos burlar la mirada eurocéntrica que generalmente acompaña a los estudios de violencia en el Sur global, y que podamos ir más allá de la exotización de la violencia y la reducción de temas y lugares para ser etiquetados como “peligrosos.” En su lugar, favorecemos la creación de espacios para mantener intercambios Sur-Sur sobre los aspectos mundanos de la violencia y las vidas florecientes que las personas construyen cada día en tales lugares. Para ese fin, este ensayo invierte la mirada académica del Norte al responderle, cuestionar sus suposiciones e iluminar sus límites. Hicimos esto haciendo visible el trabajo intelectual y emocional que se necesita para escribir sobre la violencia desde dentro, y para permanecer sinceros con nuestros interlocutores mientras nos dirigimos a audiencias muy alejadas de esos entornos.

Es importante reiterar que este compromiso intelectual Sur-Sur comenzó como un ejercicio pedagógico. El aula nos brindó la oportunidad de crear un espacio donde nuestras conversaciones semanales interrogaron el conocimiento producido sobre América Latina desde el prisma de Medio Oriente y viceversa. Este método resultó productivo para imaginar diferentes futuros en un momento en el que el horizonte de la política progresista parece estar en proceso de ejecución en todo el mundo. Tales enfoques pedagógicos son fundamentales para descentrar la producción de conocimiento hegemónico y generar diferentes enfoques para comprender el mundo. Al igual que el resto de los esfuerzos que conforman este problema, creemos firmemente que este tipo de experiencias deben fomentarse y hacerse más comunes, no sólo por razones epistemológicas, sino para responder mejor a la urgencia política de nuestro momento histórico.

1. Por ejemplo, observamos los siguientes trabajos: Salwa Ismail, *Political Life in Cairo’s New Quarters: Encountering the Everyday State* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2006), Steven Gregory, *The Devil Behind the Mirror: Globalization and Politics in the Dominican Republic* (Berkeley: University of California Press, 2007), y Farha Ghannam, “Mobility, Liminality, and Embodiment in Urban Egypt,” *American Ethnologist* 38/4 (2011). [↑](#footnote-ref-0)
2. Keisha-Khan Y. Perry, *Black Women against the Land Grab: The Fight for Racial Justice in Brazil* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2013), Eyal Weizman, *Hollow Land : Israel’s Architecture of Occupation* (New York: Verso, 2007). [↑](#footnote-ref-1)
3. Fernando Coronil, *The Magical State: Nature, Money, and Modernity in Venezuela* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1997), Ahmed Kanna, *Dubai, The City as Corporation* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2011). [↑](#footnote-ref-2)
4. Lin Noueihed and Alex Warren, “The Media Revolution,” *The Battle for the Arab Spring: Revolution, Counter-Revolution and the Making of a New Era*, (New Haven: Yale University Press, 2012); Fernando Coronil, “The Future in Question: History and Utopia in Latin America (1989-2010),” *Business as Usual: The Roots of the Global Financial Meltdown*, eds. Calhoun et al.  (New York: NYU Press, 2011). [↑](#footnote-ref-3)
5. La clase se llevó a cabo en Hampshire College y contó con la participación de estudiantes de Smith College, Mount Holyoke College y Amherst College. [↑](#footnote-ref-4)
6. Lamia Moghnieh, “‘The Violence We Live In’: Reading and Experiencing Violence in the Field,” *Contemporary Levant* 2/1 (2017). [↑](#footnote-ref-5)
7. Roosbelinda Cárdenas, “’Thanks to My Forced Displacement’: Blackness and the Politics of Colombia’s War Victims,” *Latin American and Caribbean Ethnic Studies* 13/1 (2018). [↑](#footnote-ref-6)
8. Hiba Bou Akar, *For the War Yet to Come: Planning Beirut’s Frontiers* (Palo Alto, CA: Stanford University Press, 2018). [↑](#footnote-ref-7)